

Reproducir y transgredir el mandato de género - Experiencias cotidianas en un grupo de mujeres jóvenes y pobres del Conurbano Bonaerense

Recibido: 19/06/2015
Aceptado: 21/08/2015

Malvina Silba³³

Resumen

Este artículo se propone analizar a un grupo de mujeres jóvenes y pobres habitantes de un barrio de la zona sur del Conurbano Bonaerense para ver allí el particular cruce entre juventudes, pobreza y género. La vida cotidiana de estas jóvenes, atravesadas por diversas desigualdades sociales producto de una distribución inequitativa de bienes materiales y simbólicos, nos permitirán visibilizar tradicionales formas de comprender los roles de género con formas transgresoras de experimentar su condición genérica. Este trabajo se inscribe en el campo de la sociología de la cultura en su cruce con los estudios sobre juventudes y género. Entendemos que los debates en torno a estas temáticas son de vital importancia para las sociedades contemporáneas, en la medida en que colaboran en la construcción de un tipo de conocimiento situado, en el que se destaca la voz y la experiencia de los actores.

Palabras clave

Juventudes populares, género, reproducción y resistencia

Reproduce and transgress the mandate of gender: everyday experiences in a group of young, poor women of greater Buenos Aires

Abstract

³³ Doctora en Ciencias Sociales y Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Asistente del CONICET y del Instituto de Investigaciones Gino Germani (FSOC-UBA). Docente de la Carrera de Sociología, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata.

Email: malvina.silba@gmail.com

El trabajo de campo en el que se apoya este artículo fue financiado por becas doctorales de la UBA y el CONICET. Agradezco a ambas instituciones públicas por ello. Y a las mujeres que compartieron conmigo sus historias y sus experiencias de manera abierta y desinteresada.

This article proposes to analyse a group of young poor women that inhabit a neighbourhood located in the outskirts of the city. Our main objective is to study the particular intersection between youth, poverty and gender as critical differences. The everyday life of these young women, crossed over by diverse social inequalities resulting of an uneven distributions of symbolic and materials goods, will allow us to make visible traditional ways of understanding gender roles among transgressive forms of experiencing their gender condition. This work is situated at the intersection of sociology of culture and youth and gender studies. We understand that the debates around these issues are of vital importance for contemporary societies as they take part in the construction of a situated knowledge, in which the voice and experience of actors prevails.

Keywords

Popular Youth, gender, reproduction and resistance

Introducción

Este artículo se propone analizar las experiencias de dos mujeres jóvenes a partir de las diversas formas en las que los clivajes de clase, género y edad se cruzan en sus historias de manera compleja. Karina y Roxana eran habitantes de Los Sauces, un barrio popular de la zona sur del Conurbano Bonaerense³⁴, cuya vida cotidiana se encontraba fuertemente atravesada por diversas desigualdades sociales producto de una distribución inequitativa de bienes materiales y simbólicos. El trabajo de campo aquí presentado forma parte del desarrollado en el marco de mi tesis doctoral, cuyo objetivo fue aportar al estudio del vínculo entre juventud y música, problematizando la relación entre las trayectorias de mujeres y varones jóvenes de sectores populares, sus consumos culturales y el papel que estos adquieren en su vida cotidiana y, especialmente, en los momentos de ocio y diversión. El mismo fue desarrollado entre 2006 y 2009 en un barrio del Partido de Almirante Brown con un grupo de mujeres y varones jóvenes que en ese momento tenían entre 13 y 24 años de edad y con quienes compartí diversos momentos de sus vidas cotidianas como las salidas

³⁴ Junto con La Ciudad Autónoma de Buenos Aires (C.A.B.A., capital de la Argentina), el Conurbano Bonaerense conforma el Gran Buenos Aires, la región más densamente poblada del país. El Conurbano circunvala a la C.A.B.A. y se destaca, además, por su desarrollo industrial así como por la convivencia, en sus 24 partidos, de representantes de diferentes estratos sociales, distribuidos en sectores altos, medios y bajos de la escala social. A su vez, estos 24 distritos pueden dividirse, según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) en completa o parcialmente urbanizados, de acuerdo a diversos criterios censales. Para mayor información, pueden consultarse los siguientes sitios web: <http://www.gba.gob.ar/> y <http://www.indec.gov.ar/nuevaweb/cuadros/1/folleto%20gba.pdf>.

nocturnas a bailes de cumbia de la zona. La experiencia etnográfica duró dos años, a lo largo de los cuales pude conocer y comprender las vidas cotidianas de este grupo, sus vínculos, las formas en las que se organizaban y funcionaban individual y colectivamente así como las jerarquías que en ocasiones los igualaban mientras que en otras, indefectiblemente, las/os veían enfrentados. El relato se centrará primero en la familia de Nacho (17)³⁵ y Karina (14), con especial atención a Blanca (34), la madre de ambos, para luego adentrarnos en la historia de Romina (18), una joven amiga de éstas/os y vecina del barrio.

A lo largo del trabajo describiré una serie de prácticas cotidianas, a saber: la distribución de las tareas domésticas, las diferentes posibilidades de ocupación del espacio público y, derivado de allí, las características particulares de las peleas protagonizadas por mujeres. En una segunda instancia del artículo, me centraré en la historia de Romina, una joven de 18 años en cuya trayectoria se combinan tradicionales formas de comprender los roles de género con formas alternativas, resistentes o transgresoras de experimentar su condición genérica, comparándola, a su vez, con la historia de Blanca, una mujer adulta, madre de un miembro del grupo, estableciendo continuidades y rupturas entre ambas mujeres. El objetivo será dar cuenta de cómo la combinación de la cuestión etaria con la de clase y la de género se constituyen en tres sistemas de distinción socialmente organizados (Tilly, 2000) que mayormente limitan las posibilidades de acción de jóvenes como Romina, pero que aun así las motiva a encontrar espacios, situaciones, contextos específicos desde los cuales impugnar, con las herramientas disponibles, ciertos aspectos del orden social en el que viven. Para el caso de Romina, esos aspectos serán los vinculados a las desigualdades de género, principalmente aquellas que estructuran la regulación de los espacios públicos y privados, así como las lógicas que informan la proliferación de discursos que parecieran limitar un ejercicio más o menos libre de su sexualidad. En cuanto a las desigualdades socio-económicas y culturales en las que esta joven se ha socializado, las mismas aparecen, en su discurso, con un alto grado de naturalización. Dicha naturalización no debe obturar la posibilidad de destacar las impugnaciones manifestadas en otros aspectos del orden social jerárquico del que forma parte, sino que interpretando los avances, los retrocesos y las contradicciones se puede comprender cómo ésta y otras jóvenes experimentan el mundo social en el que viven, cuáles son sus deseos, miedos y expectativas no solo del presente que transitan, sino, sobre todo, del futuro que imaginan.

El presente artículo se inscribe en el campo de la sociología de la cultura, más específicamente aquella dedicada al estudio de las culturas populares urbanas, en su cruce con los estudios sobre juventudes y sobre género. Entendemos que los debates en torno a

³⁵ Nacho era el líder del grupo, conformado, en ese momento, por cuatro mujeres y entre ocho varones.

estas temáticas son de vital importancia para la sociedad argentina y las sociedades latinoamericanas actuales, en la medida en que colaboran en la construcción de un tipo de conocimiento situado, en el que se destaca la voz y la experiencia de los actores en posición de subalternidad, para este caso, las mujeres jóvenes y pobres. Sobre este grupo social se suelen emitir juicios de valor basados en interpretaciones sesgadas sobre su realidad cotidiana, y en los cuales priman, en general, los prejuicios y las elucubraciones de sentido común, más que un adecuado acercamiento a los condicionamientos y posibilidades que sus particulares emplazamientos de edad, clase y género les habilitan a la hora de actuar de diversas maneras.

El artículo comenzará con la descripción del barrio, la familia y la vida cotidiana de las mujeres objeto de reflexión. Luego se centrará en la descripción de un enfrentamiento entre mujeres/familias del barrio y para terminar, se adentrará en la historia de una de las jóvenes del grupo, en donde pueden verse condensadas concepciones tradicionales sobre los roles de género, con actitudes desafiantes y/o transgresoras respecto de lo permitido y lo prohibido para una mujer joven en un contexto determinado, comparando dicha historia con la de una mujer adulta, quien también encaraba un modelo desafiante respecto de lo socialmente aceptable para una mujer. Finalmente, en las conclusiones se retomarán los puntos centrales del artículo, elaborando una serie de preguntas finales que se proponen abrir el debate hacia investigaciones futuras.

Jóvenes y cotidianidad en las periferias urbanas

“Los Sauces” es un barrio de clases populares, conformado, al momento del trabajo de campo, por unas treinta manzanas de casas bajas; algunas eran viviendas de material y otras construcciones precarias, de madera o chapa, que habían ido mejorando y ampliando la calidad de sus edificaciones y dimensiones con los años. Las calles asfaltadas siempre fueron pocas y la circulación permanente de vehículos particulares y colectivos de transporte público de pasajeros colaboraba, diariamente, al deterioro de un asfalto ya de por sí malogrado. Tenía una avenida principal y dos calles paralelas –las tres asfaltadas– por donde pasaban los ramales de las dos líneas de colectivos que permitían conectar el barrio con las estaciones de trenes y con las rutas provinciales más cercanas. El resto de las calles eran, en su mayoría, de tierra, lo que dificultaba la circulación para habitantes y vehículos en los días de lluvia. En este barrio vivían las y los jóvenes con quienes compartí días de charlas y noches de salidas a los bailes de la zona. Las relaciones socio-barriales fueron sin duda un punto fundamental en la dinámica cotidiana, y en esa línea, la casa de Nacho y su familia aparecía como un punto nodal de encuentro de estos actores sociales juveniles. Este espacio social que podría ser descripto como privado, pero a la vez también público, se

constituyó en un representante privilegiado de aquello que Jelín (2006) señala como característico de las familias: era un lugar de amor, contención y pertenencia, tanto para los miembros que habitaban regularmente en ella, como para aquellos visitantes frecuentes o casuales, pero también –y paradójicamente– como un espacio donde los gritos, los insultos, las pasiones y algunas formas de violencia se constituían en moneda corriente, instituyendo una forma particular de vincularse y/o comunicarse en dicho contexto social. Sobre las particularidades de estas relaciones trata el apartado siguiente.

Espacio doméstico y jerarquías de género

Antes de comenzar con el análisis del espacio doméstico, creo necesario contar sintéticamente la historia de Blanca, porque le servirá al lector para conocer mejor el contexto en el que se criaron sus hijos, enfrentando diversas dificultades desde su niñez y a su vez entender a la propia Blanca y una historia compleja que la condicionó en repetidas oportunidades, pero frente a la cual, claramente, ella no quiso doblegarse. Blanca vio interrumpida su incipiente adolescencia por un embarazo, que al poco tiempo fue sucedido por otro. En unos pocos años, había dejado de ser una niña grande que jugaba a tener novio para convertirse en una madre joven que a los 15 años tenía ya dos hijos. En este caso, la maternidad a temprana edad había sido el hecho significativo que cambió de manera definitiva su experiencia vital, constituyendo este hecho en aquel que marcaba el pasaje de la niñez/adolescencia a una incipiente adultez. Unos meses antes de cumplir los 17 años, y luego de casarse por primera vez con un joven de 20 años, vecino del barrio, nació Nacho, el primero de los tres hijos que tendría con esa pareja; los otros dos fueron Germán y Karina. Los chicos conocieron poco a su papá, que luego de una relación conflictiva con su madre desapareció un día de sus vidas y nunca volvió, ni siquiera para reconocer a la más pequeña de los tres. Blanca cuenta que en esa época sólo pensaba en conseguir una casa para vivir con sus cinco hijos, ya que se había peleado con su madre, y eso la dejaba a un paso de vivir en la calle. Fue por eso que aceptó la propuesta de formar una pareja con un vecino de su hermana, y se fue a vivir con él. El hombre, veinte años mayor que ella, le ofreció una casa para todo el grupo familiar y reconocer como hija propia a la pequeña Karina. Un año y medio después, nació Esteban, el único hijo de la pareja. Pasaron un tiempo más juntos pero el proyecto de familia que habían querido formar se desmoronó, al tiempo que dejaba a Blanca otra vez sin un hogar para sus hijos y con más incertidumbre que certezas respecto de su futuro. En esos años, Blanca tenía seis niños a cuestas, producto de sus relaciones con varias parejas, algunas de noviazgos –que en un caso terminaron en matrimonio–, otras de encuentros más o menos casuales que no perduraron. Y si bien la ayuda familiar siempre aparecía, más temprano o más tarde, también lo hacían los juicios morales que la criticaban por no lograr establecer una relación que respondiera a un modelo de familia más o menos

tradicional y con la imposibilidad de “darle un padre a sus hijos”, como le recriminaba su madre a menudo, según me contaba.

Así fue como llegaron a ocupar la casa de “Los Sauces” en la que vivían cuando inicié el trabajo de campo, luego de que el padre de Blanca muriera a fines del año 1992 y dejara disponible su vivienda para el miembro de la familia que la necesitara. Instalada allí con sus hijas/os, Blanca intentó comenzar a armar su vida nuevamente. Para ese entonces, las edades de sus seis hijos oscilaban entre los 9 y 1 años. Las y los niñas/os tenían un hogar establecido por primera vez en su historia, y un barrio que poco a poco se iba a ir convirtiendo en el propio. Salvo los dos más pequeños, el resto comenzó la escuela o el jardín de infantes en el barrio. Gerardo y Ángeles sólo debían cruzar una calle para estar en el colegio, Nacho y Germán, caminar unas cuadras más, hasta que finalizaron el jardín de infantes y comenzaron la primaria junto a sus hermanas y hermanos. La escuela pública que quedaba frente a la casa de Blanca vio pasar a todas/os sus hijas/os desde aquel 1994. El barrio “Los Sauces” fue el escenario principal de la vida de Nacho, Germán y Karina, las/os tres jóvenes con quienes inicié la aventura etnográfica y a quienes mencionaré aquí aunque no de manera central. Allí hicieron amigas/os, conocieron vecinos más o menos afines a sus formas de ser, recorrieron sus calles de día y de noche, aprendieron a sentirse parte de él y a defenderlo de aquellos que pudieran criticarlo sin conocerlo.

La casa donde vivían Nacho, Karina y sus hermanos, originalmente propiedad de su abuelo, fue hecha por etapas, de acuerdo a necesidades y presupuestos disponibles. Cuando la familia llegó, la casa tenía sólo dos habitaciones, un comedor, un baño y una cocina pequeña. Con los años Blanca fue tratando de mejorarla, aunque varias veces la oí decir “me dijeron que para hacer las cosas bien tengo que agarrar una topadora, tirar todo y hacerla de nuevo. Pero como no puedo, me la tengo que aguantar y ver cómo arreglarla”. Y a eso se había dedicado los últimos 14 años, a tratar de mejorarla con los escasos recursos disponibles. Hacía 8 años que estaba en pareja con Tito, padre de sus cuatro hijos más pequeños, lo que hacía ésta y otras cargas menos pesadas para ella. Apenas pudieron Blanca y Tito construyeron una habitación para los varones, ya que hasta ese momento niñas y niños dormían juntos, salvo los más pequeños que lo hacían con su madre y, eventualmente, con la pareja de ésta. En relación a esto, Blanca decía “dormían todos juntos, y no era justo para los varones”, como si el hecho de compartir la habitación fuera un sacrificio extra sólo para los miembros masculinos de la familia. Esta habitación la construyó con la ayuda de materiales provistos por la municipalidad local: arena, piedras, cemento y también una puerta y dos ventanas. La mano de obra fue puesta por su marido y sus hijos varones. El resultado fue un cuarto más o menos amplio para los tres varones adolescentes-jóvenes de la casa, mientras las cinco chicas debían arreglarse en el otro cuarto, compartiéndolo con los dos varones más pequeños, de dos y seis años.

Frente a la precariedad de la construcción de la casa, Blanca se esforzaba por mantenerla limpia y ordenada. Para esto, no sólo trabajaba ella en los quehaceres domésticos sino que obligaba a sus hijas mujeres a que la ayudaran. Las chicas tenían tareas asignadas: lavar la ropa, enjuagarla, pasarla por el secarropa, colgarla y, una vez seca, plancharla y distribuirla entre sus dueños. Esta tarea se realizaba todos los días ya que “al ser tantos es imposible pasar un día sin lavar ropa”, se las escuchaba decir. Todas/os en esa casa se bañaban y cambiaban la ropa a diario, lo que acrecentaba la pila de ropa circulante por la casa día tras días. Si bien todas/os colaboraban en dejar la ropa sucia en el lugar correspondiente, y poner a cargar el pequeño calefón para que “se bañe el siguiente”, las mujeres eran las encargadas exclusivas de esa tarea. Esto puede verse como un “arreglo doméstico clásico de las familias pobres, ya que las hijas hacen allí su primer aprendizaje de las actividades domésticas y la crianza de las/os hermanos”³⁶ (Barbieri, 2008: 98), mostrando cómo se reproduce allí modelos rígidos de socialización de género, donde el espacio doméstico y la vida familiar son exclusiva responsabilidad de los miembros femeninos de ésta. Además de la jerarquía genérica, que eximía a los varones de este tipo de tareas, también se podía observar una jerarquía etaria, a partir de la cual los miembros adultos impartían órdenes que debían ser cumplidas sin cuestionamiento por parte de niñas/os y adolescentes. Esto había sido así desde siempre y poseía un alto nivel de naturalización en los discursos de sus integrantes, aunque también aparecieron muchas quejas, que denunciaban esta situación como “injusta”. El análisis de estas dinámicas domésticas es inseparable de la perspectiva de género ya que las divisiones socialmente aceptadas respecto del deber ser de cada una/o están determinadas por construcciones sociales de género y de edad dominantes (Wainerman, 2003; Fernández, 2006), es decir “un régimen social de género y de generación” (Mumby, 1993: 73). Esto nos muestra, a su vez, cómo los miembros de esta familia organizan su domesticidad de acuerdo con el propio universo de representaciones, costumbres y valores (Cepeda y Rustoyburu, 2006), en los que se combinan, de manera contradictoria, quizás, formas tradicionales con percepciones alternativas sobre la posibilidad de cambio en la distribución de quehaceres domésticos. Si “lo doméstico” era, en cierta forma, el lugar de la reproducción, “el uso del espacio público” para diversos enfrentamientos parecía ser el lugar elegido por las mujeres de este grupo para transgredir el patrón normativo de género.

Pelear femeninas en escena: desafiando estereotipos

³⁶ Si bien la autora hace una referencia explícita a las familias pobres, entiendo que sus afirmaciones pueden también servir para analizar las experiencias de familias de sectores medios o medios bajos.

La solidaridad y la cordialidad eran dos de los vectores que guiaban las relaciones de esta familia con parientes y/o vecinos, ya que en esa casa había una permanente circulación de personas que buscaban desde diferentes bienes materiales hasta un consejo o una palabra de aliento. Sin embargo, estos valores no eran los únicos que caracterizaban los vínculos interpersonales y grupales en el barrio, también lo eran la agresividad y la violencia verbal y física que señalaban un patrón de relación a la hora de interactuar con las/os otras/os. Blanca era una “mujer de armas tomar”, aguerrida, frontal y que no mostraba vergüenza a la hora de defender a los suyos y a los valores que creía justos. Los hijos de Blanca habían heredado esto y se habían socializado en un ambiente en donde la posibilidad latente de una discusión, un enfrentamiento o una pelea con vecinos y/o familiares era algo bastante común. Este patrón vincular explicaba, a su vez, las formas de relación de muchas otras familias del barrio, por lo que no podía adjudicársele específicamente a éstos. Siguiendo a Isla (2006) y Jelín (2006), analizar la familia implica pensar tanto el conflicto como la armonía, la convivencia de pasiones como el odio y el amor, los litigios, el orden, la ley y sus transgresiones y contradicciones. En más de una oportunidad, esta mujer de contextura física fornida y carácter explosivo, discutía con sus hermanas/os por cuestiones familiares y terminaba a los gritos, insultándolos e imponiendo sus aseveraciones con vehemencia. Siempre decía que Mabel, su hermana mayor, quien vivía en la casa contigua, no discutía mucho con ella porque “tenía miedo que le pegue”. Esa fama de temeraria parecía divertir un poco a Blanca, aunque también infundía respeto en muchas/os y eso la tranquilizaba: “conmigo no se jode”³⁷ era una frase que solía repetir cuando evocaba algún enfrentamiento de este tipo. Así, Blanca mostraba que si bien por un lado reproducía un orden jerárquico respecto del género (eran los varones quienes precisaban intimidad en su casa, eran las mujeres quienes debían encargarse de las tareas domésticas) por el otro lo desafiaba abiertamente, encarando un modelo de mujer valiente, que no temía poner “orden” en su entorno familiar acudiendo a la violencia, sea este verbal o física, y, a su vez, mostrándoles a sus hijas y a las mujeres de su entorno inmediato, que ese también era un modelo de mujer posible en ese contexto específico. Veremos de qué forma el relato que sigue permite poner en escena estas cuestiones.

Una tarde de sábado, los integrantes varones del grupo estaban sentados en la vereda charlando y gastándose bromas. Karina (14), hermana de Nacho, y Jimena (16), su novia, habían ido hasta el kiosco y cuando volvían se cruzaron con Sonia (16), una vecina de su misma edad, con quien mantenían una relación tensa y conflictiva. Los varones le dijeron algo al pasar y se rieron, lo que desató la inmediata reacción de Sonia, quien se dio vuelta y

⁴ Forma coloquial que significa que ninguna persona estaría dispuesta a molestarla, debido al respeto y/o al miedo que ella infundía entre sus allegados.

se puso a gritar que con ella no se metieran porque los iba a denunciar a todos. “Mirá que llamo a la policía y se los lleva a todos por kilombrosos³⁸, eh!!!”, gritaba. Ese hecho se convirtió en el disparador perfecto para un enfrentamiento entre familias, ya que apenas Blanca escuchó los gritos salió a las corridas de su casa, y gritó: “Dejate de joder, Sonia, porque te voy a cagar a trompadas³⁹, con mis hijos no te metas”. Sonia contestó que ellos le habían gritado cuando pasó por la esquina. Mientras se gritaban mutuamente se fueron acercando y terminaron enfrentadas en la mitad de la calle. Todos se fueron poniendo de pie y acercándose hacia donde estaban ambas. Cuando Sonia terminó de gritar, Blanca se abalanzó sobre ella y la agarró del cuello, pero como estaba con sandalias, el barro de la calle de tierra la hizo resbalar y trastabilló. Sonia intentó aprovechar este desliz y amagó a pegarle. Cuando los hijos y el marido de Blanca vieron que estaban por pegarle fueron corriendo hacia ellas. Karina la agarró del cuello a Sonia mientras le decía que con su madre no se metiera, a la vez que ésta continuaba propinándole insultos a su madre, lo que provocó que también los hijos varones de Blanca (que hasta ese momento sólo habían sido espectadores o agresores verbales) se sintieran obligados a defenderla: “con mi mamá no te metas porque te voy a cagar a piñas⁴⁰” y varios insultos más. Cuando Sonia vio que eran *todos contra ella*, se llamó a silencio, dio media vuelta y se metió dentro de su casa. El marido de Blanca, que es mucho más grandote y corpulento que cualquiera de los chicos, se mantuvo atento durante toda la pelea pero en ningún momento se metió, ya que consideró que esa pelea no dejaba de ser un enfrentamiento “entre mujeres”, por lo tanto, él no tenía nada que hacer en el medio.

¿Qué se ponía en juego en este tipo de enfrentamientos entre familias? ¿Cómo analizar la participación de las mujeres en la medida que fueron ellas las principales protagonistas del hecho? ¿Cuál era la opinión que los varones tenían sobre este tipo de hechos de los que, en cierta forma, ellos estaban al margen? ¿Cuáles eran los modelos de familia y de varones y mujeres que se jugaban en estas peleas y qué valor tenía para sus protagonistas? Algunas respuestas parciales a estos interrogantes encuentran en las afirmaciones de Jelín (2006) una hipótesis interpretativa interesante: la familia, dice la autora, puede ser simultánea y paradójicamente, el lugar del amor y de la violencia. Isla (2006) por su parte propone pensar a la familia no solo en función de la reproducción del orden social, o como producto del sentido común, en tanto base de sentimientos y principios normativos sino también en relación a la posibilidad de transgresión de normas

³⁸ Término del lunfardo que remite a cualquier tipo de escándalo, en este caso, en la vía pública.

³⁹ Expresión que constituye una amenaza directa de golpes de puños.

⁴⁰ Ídem anterior.

generalizadas y naturalizadas, para entender a la familia como lugar de conflictos y violencias extremas o de resistencia y contestación al orden social (ibídem).

Lo señalado por ambos autores se resumía claramente en la frase de Blanca "...te voy a cagar a trompadas, con mis hijos no te metas": esta madre acudía primero a la violencia verbal y después a la física por amor a sus hijos, para defenderlos de agravios y amenazas externas, o al menos justificaba así su accionar. Y la legitimidad que tenía para hacerlo estaba anclada en que la madre es considerada como la defensora del *bien común* y dueña y reguladora del afecto dentro de la familia (Jelín, Ibídem). Pero lo singular del caso de Blanca es que ella transgredía, como dijimos, el ideal de mujer sumisa (Fernández, 2006) y relegada al ámbito doméstico de manera exclusiva (Duby y Perrot, 2000; Murillo, 1996), saliendo a la calle a pelear por sus hijos, pero también a demostrar su valentía al tiempo que repetía una de sus frases emblemáticas: "conmigo no se jode". En una línea similar pueden analizarse las acciones de Karina, una de sus hijas, las cuales se fundaban en una misma lógica: a pesar de tener una personalidad tranquila, esto no le impidió recurrir a prácticas no habituales en ella al ver cómo su madre era atacada por alguien ajena a la familia. Pero este hecho abría otra posibilidad para las mujeres del barrio, en especial para la joven Karina, y era poder expresarse y actuar en el espacio público, actividades que en general eran consideradas de forma negativa en ciertos imaginarios que asociaban a la mujer, como dijimos, al espacio doméstico (Ortner, 1974; Amorós, 1994). Así, estas mujeres demostraron que en este contexto recurrir a formas violentas de relación y hacerlo en la calle, ante la vista de todas/os, estaba legitimado en el seno de esa comunidad barrial, a pesar del peso que las opiniones de ciertos vecinos tuvieran a la hora de nombrar sus acciones como inapropiadas para una mujer, sea esta adulta o joven. Esta especie de "sanción moral" que los miembros femeninos de este grupo familiar recibían por atreverse a actuar escandalosamente en el espacio público, se anclaba, claramente, en un estereotipo de género que piensa a la agresividad como un atributo masculino, y a su vez relaciona a lo femenino con la pasividad, la sumisión y la ausencia de poder (Fernández, 2006; Isla, op. cit). La pelea descrita pone en jaque, sin duda, dichos estereotipos, al permitirle a estas mujeres demostrar sus destrezas y sus valores morales sin prestar atención a opiniones más conservadoras respecto de los roles de género. Por otra parte, también refuerza la idea de que muchas de estas prácticas se aprenden en el entorno social inmediato (la familia, el barrio, las/os amigas/os) y que se transmiten generacionalmente, en un cruce complejo entre los modelos de mujeres que encarnan madres y abuelas y aquellos que van construyendo, en el cruce con la cultura de su época, las propias jóvenes (Silba, 2011).

Respecto de los varones, el hecho de que se hayan mantenido al margen y sólo hayan participado con amenazas verbales responde a que era una pelea entre mujeres y no correspondía, según sus criterios, que uno de ellos interviniera, además de que no era

necesario porque ambas mujeres pudieron resolver la situación sin problemas. Además, esta pelea no le hubiera permitido acumular capital simbólico (Alabarces y Garriga, 2007) ni reafirmar su masculinidad (Connel, 1997; Bourdieu, 2000). Sin embargo, hay en estas prácticas un tipo de aprendizaje respecto de la forma de cada sujeto de posicionarse frente a una potencial situación conflictiva, y esto sí es valioso dentro de esa lógica: las pequeñas peleas barriales pueden ser pensadas como lugares de adquisición de ciertas destrezas que luego serán puestas en juego, probadas y mejoradas en las sucesivas peleas callejeras, sobre todo aquellas que se dan fuera de la órbita de vigilancia de padres y vecinos. En el contexto de la socialización familiar, la adquisición del “saber pelear” era una herramienta fundamental en tanto transmisión de saberes y capacidades específicas, que eran aprendidas, por los miembros de este grupo familiar y por muchas otras familias del barrio, desde la infancia y con similitudes y diferencias, como mostramos, entre varones y mujeres.

Uno de los temas centrales que se problematizaron en este apartado fue el de los saberes y las destrezas femeninas, combinadas con fuertes limitaciones producto de las jerarquías genéricas, pero también desafiantes respecto de las mismas. Como se vio, dichas cuestiones pueden observarse en algunas de las formas en que mujeres como Blanca o Karina irrumpen en el espacio público, protagonizando escenas conflictivas, que les permiten disputar con ciertas formas tradicionales de concebir a la mujer como destinada al espacio privado-doméstico, las cuáles si bien subsisten en su contexto social de manera sostenida –la distribución de tareas al interior del hogar son una prueba de ello–, también aparecen combinadas con otras apropiaciones, si se quiere más transgresoras de dichas normas y valores de tono conservador. En esta misma línea, presentaremos a continuación la historia de otra de las integrantes del grupo, Romina, en quien se condensan de manera sugerente y provocadora estas mismas tensiones y contradicciones. En esa línea, señalaremos ciertos puntos de contacto entre los modelos de mujer encarados por Blanca y Romina, a pesar de las diferentes pertenencias generacionales de ambas.

Biografías plebeyas. Romina: transgredir, negociar y “seguir de gira”

Romina (18) tenía una personalidad extrovertida, acompañada por la voluptuosidad de sus curvas, que ella se encargaba de remarcar con jeans y remeras ajustados y un estilo provocador, manifiesto en sus movimientos, en sus gestos y en su forma de hablar. Vivía con sus padres y hermanos a unas cuatro cuadras de Nacho, en una casa de similares características edilicias. Había abandonado la escuela secundaria, después de repetir tres veces el primer año del polimodal: “no me daba la cabeza” era su justificación. Sus días transcurrían entre encargarse junto a su mamá de las cosas de la casa, mirar la tele, escuchar música y dar una vuelta por el barrio, visitando amigas/os o vecinos. Había conseguido trabajo en una panadería del barrio algunos días a la semana, cubriendo los francos de otras

empleadas. Romina encaraba un modelo de mujer al que podría nombrarse como independiente: no tenía novio, y afirmaba que prefería estar sola para poder disponer de su tiempo y de su vida libremente; se mostraba siempre muy alegre y dispuesta al diálogo y contaba con el apoyo de sus padres para hacerlo, con quienes tenía una relación cordial, signada por la confianza mutua. Decía que lo que más le gustaba de su vida era disfrutar, centralmente, de la posibilidad de decidir qué hacer y qué no. Si se ponía de novia, afirmaba, el riesgo mayor era quedar embarazada y resignar su espacio de libertad:

“Y sí, porque ya te quedás todo el día en tu casa cuidando al guacho⁴¹, los otros se van a bailar y vos te querés re matar porque tenés que cuidar al pibe... Los pibes se hacen los boludos, te inventan cualquier chamuyo y se van [de joda] y te dejan, [en cambio las chicas] no van a bailar más [cuando tienen un bebé]”

El imaginario de Romina sobre la maternidad a temprana edad retomaba ciertos aspectos de los discursos de origen patriarcal que rigen el orden social entre los géneros (Lerner, 1990), los cuales eran compartidos por la mayoría de las mujeres del barrio con las que tuvimos oportunidad de dialogar, y que se extiende como problemática en trabajos con poblaciones de similares características a las aquí descritas (Gogna, 2005; Felitti, 2011; Mansione *et al.*, 2012). En este caso puntual, en los dichos de esta joven se observaba, en primera instancia, la necesaria asociación entre noviazgo y riesgo de embarazo, como si existiera una cadena causal entre ambas prácticas. En segunda instancia, aparece un aspecto de naturalización en sus dichos: “ya te quedás todo el día en tu casa cuidando al guacho [al chico]”, el cual reforzaba la creencia de que los hijos eran exclusiva responsabilidad de la madre; y otro de impugnación, donde la joven mostraba una disconformidad manifiesta con ese tipo de situaciones: “los otros se van a bailar y vos te querés re matar porque tenés que cuidar al pibe”. Así, si bien en un aspecto Romina podía fortalecer y legitimar la desigualdad organizada en torno al género, en otros no compartía la resignación de algunas mujeres jóvenes de su entorno respecto a estas cuestiones. Ella encaraba un modelo de mujer con un discurso que en algunos aspectos era mucho más crítico que el de sus pares en relación a lo que una mujer debía y no debía hacer tanto en el espacio público como en el privado, siguiendo el modelo de mujer de Blanca, por ejemplo. Sin cuestionar la desigualdad que subyacía en el fondo de esta cuestión, esta joven se mostraba atenta a estas prerrogativas de los varones y a cierta *condena social y moral* que pesaba sobre las mujeres y trataba de evitar reproducir ese tipo de circunstancias, preocupándose, por ejemplo, por no quedar embarazada, uno de los factores que mayor incidencia parecía tener sobre el grupo social que Romina representaba, riesgo que es señalado por Adaszko (2005) Fainsod (2011), y Mansione *et al.*, op.cit.) en sus estudios sobre embarazo en adolescentes y jóvenes.

⁴¹ Término del lunfardo utilizado para hacer alusión a un niño pequeño y que tiene una fuerte carga de sentido negativa.

Siguiendo a Elizalde (2003: 109), podemos afirmar que “la condición genérica y etaria suele ubicar a las mujeres jóvenes y pobres en situaciones de mayor precariedad respecto de sus pares varones para el acceso a las oportunidades sociales y el uso placentero de su sexualidad”. Sin embargo, en el caso de Romina, esta situación reviste mayor complejidad, ya que si bien por un lado esas restricciones operaban de manera insistente sobre sus prácticas y representaciones, por el otro ella desafiaba abiertamente, al menos desde el discurso, las restricciones que el entorno social y barrial quería imponerle, en consonancia con las expectativas tradicionales sobre lo que una mujer debía ser o podía hacer. Un ejemplo claro lo constituían las salidas a bailar, que esta joven consideraba un espacio de libertad y de goce que no estaba dispuesta a negociar ni por un novio y mucho menos por un hijo. Este gesto era, sin duda, expresión de prácticas autónomas que chocaban con la pasividad esperable para una mujer, la cual siempre debía, en teoría, supeditar su deseo al de los varones y/o al de los adultos de su entorno social inmediato.

Una vez le pregunté a Romina qué le gustaría hacer de su vida en el futuro y resumió sus deseos muy claramente: “quiero seguir de gira⁴²”. Estas ideas suyas no caían bien entre sus amigas/os o entre los vecinos del barrio. La imagen que muchas/os tenían de ella era la de una “chica fácil, que le gustaba *pasarse* a todos los pibes del barrio”, según nos decían. Karina afirmaba sobre ella:

“Estaba todo el día entre los pibes del barrio, el problema era lo que hacía, que se besaba a uno, se besaba al otro.”

Nacho, por su parte, opinaba lo siguiente:

“A veces la apariencia es todo, la forma de ser, capaz que otra te la hace pero es calladita, la Romina es re zarpada! Si te la hace no le importa nada quién está delante de quién... yo veo una mina que está entre todos los chabones y vos decís “esa es una atorranta”, porque todos lo dicen. Capaz que no es una atorranta, pero ya lo dijeron, ya queda mal vista.”

Así, el costo que Romina debía pagar por no acordar con ciertos mandatos tradicionales sobre el rol de la mujer le valía una condena moral no sólo por parte de los miembros adultos de su comunidad barrial, sino por su propio grupo de pares. Los comentarios que tanto Nacho como Karina realizaban sobre su amiga tenían que ver, específicamente, con sus comportamientos sexuales, ya que este tipo de *chismes*, constituían un “arma efectiva para herir su imagen pública y provocarle malestar”, al tiempo que funcionaban como un “dispositivo de control social sobre la sexualidad” (Jones, 2010: 101) de esta joven. Romina no era sancionada por no dedicarse de lleno a las tareas domésticas de su hogar o por no haber terminado la escuela secundaria –prácticas que podían

⁴²Expresión que hace alusión a una vida sin responsabilidades específicas, pudiendo dedicar la mayor cantidad de tiempo a actividades de tipo ociosas.

considerarse como “desviadas” en relación a su condición genérica y etaria, respectivamente; es decir, también se espera que una joven sea “hacendosa” respecto de las obligaciones del hogar, y que se preocupe por un rendimiento escolar medianamente exitoso-. El motivo por el que los chismes sobre la sexualidad funcionan más efectivamente que los que pueden realizarse sobre otros aspectos de la vida cotidiana de las personas en general y de las/os jóvenes en particular, está relacionado, siguiendo a Elías y Scotson (2000), con las normas y creencias colectivas de cada contexto. De estas mujeres jóvenes y pobres se esperaban comportamientos sexuales acordes a roles tradicionales de género, como ya fue señalado, y cualquier expresión de una sexualidad autónoma, vinculada al placer y al propio deseo chocaban con dichas expectativas y convertían a la joven en cuestión casi de manera inmediata en una “puta” (Jones, op. Cit.). Este apelativo tenía una fuerte carga negativa, y significaba que la mujer en cuestión o bien mantenía vínculos sexuales con varios varones en un lapso corto de tiempo, o bien lo hacía por fuera de una relación de noviazgo estable, tal como mencionaban Nacho y Karina al referirse a ciertos comportamientos de Romina. Esto se constituye como expresión de una “dinámica que reproduce normas y jerarquías sexuales marcadamente distintas entre varones y mujeres, sancionándolas a ellas por lo mismo que se los valoriza a ellos” (Ibídem: 102). Así, mientras Romina y otras chicas eran consideradas “putas” por tener compañeros sexuales casuales, Nacho y sus amigos eran considerados “ganadores” por sus múltiples conquistas sexuales y/o amorosas.

A pesar de todos los comentarios y sanciones morales que pesaban en el barrio sobre sus prácticas, Romina insistía en resistirse a aceptar tareas que la condicionaran o coartaran su libertad, fueran estas de índole afectiva o laboral. Frente a la posibilidad de un trabajo como empleada doméstica con “cama adentro”⁴³ que le había conseguido una amiga de su padre, dijo no haberlo aceptado porque implicaba trabajar de lunes a viernes durante todo el día y estar libre sólo los fines de semana. Ella prefería uno “con retiro”, donde si bien trabajaba y viajaba la mayor parte del tiempo, le permitía volver a su casa y a su barrio a diario. Y sentenció: “yo le dije a mi viejo: si me sacan la cama afuera puede ser. Que me saquen la cama al patio y voy, cama adentro, no”. Finalmente, Romina terminó trabajando en una panadería del barrio, haciendo suplencias algunos días de la semana, lo que le permitía cubrir con el escaso sueldo algunos gastos personales. En este punto es necesario señalar dos aspectos centrales: el primero tiene que ver con el rol de la familia de origen de Romina. Sus padres, como ella fue contando a lo largo de su relato, se diferenciaban del resto de sus vecinos por confiar en su hija y no dejarse llevar por los rumores que la condenaban,

⁴³Es decir, un empleo que la obligara a trabajar sin retiro, por lo menos, durante cinco días de la semana.

a la vez que no le exigían que consiguiera un trabajo estable determinado ni que aportara a la economía familiar, financiando en ese “mientras tanto”, los gastos cotidianos de Romina, así como sus salidas nocturnas durante los fines de semana. Esto señala una diferencia no menor respecto del resto de las y los jóvenes del grupo, en donde la necesidad de un ingreso monetario inmediato, los obligaba a negociar siempre en desventaja con un mercado laboral que les exigía aceptar trabajos inestable y precarios como condición para el ingreso (Silba, 2012). El segundo aspecto se relaciona con el tipo de trabajo que terminó aceptando Romina, que si bien le daba ciertas libertades horarias y de cercanía de su hogar, por ejemplo, mantenía las mismas características de precariedad que los de sus amigos, aunque en este caso eso no resultaba un dato significativo para ella, en la medida, entiendo, que Romina sabía que podía renunciar apenas se cansara, volviendo a depender de la ayuda de sus padres. En el análisis de la relación de estas/os jóvenes con el mercado laboral, la familia y los modelos de sujeto que éstas/os deseaban o podían encarar, juegan como argumentos diferenciales el grado de confianza y/o apoyo de sus padres, las diversas urgencias económicas de cada familia, y el deseo de las y los jóvenes de mayor o menor autonomía respecto de sus progenitores, datos no menores a la hora de reflexionar sobre sus limitaciones y potencialidades. Si bien en algunos aspectos podría considerarse a Romina una joven “privilegiada” por el sostén familiar (económico y afectivo), en otros, podía vérsela como dependiente de ese mismo sostén e imposibilitada por eso mismo de generar recursos por sus propios medios, es decir, sin posibilidades reales de independencia.

En esa misma línea podemos analizar de qué forma, en esta joven alegre y despreocupada, se combinaban varios de los aspectos claves para analizar la perdurabilidad de ciertas formas tradicionales de entender los roles de género, con estilos novedosos y transgresores de posicionarse frente a los mismos, rechazándolos o negociando de acuerdo a intereses y expectativas sociales e individuales. Así, mientras Romina aceptaba que si tenía un hijo a su edad la responsabilidad de su cuidado iba a quedar exclusivamente en sus manos, no acordaba con que esto fuera así. Al igual que Karina, Romina había visto cómo muchas de las jóvenes del barrio debían afrontar solas la maternidad, y la historia de Blanca era un caso emblemático en ese sentido: se había dedicado más de la mitad de su vida a criar a sus hijos, relegando el propio deseo a un segundo plano, frente a las urgencias que la maternidad le fue imponiendo. La frase de Romina: “los pibes se hacen los boludos, te inventan cualquier chamuyo y se van y te dejan” es una prueba contundente del desacuerdo con el que esta joven impugnaba un orden socio-genérico injusto para con las mujeres (Rich, 1986; Lerner, 1990). Por este motivo, Romina elegía no quedar embarazada por el momento, ya que su interés y su energía estaban puestos en “seguir de gira” y un hijo hubiera obturado esa posibilidad. Tal como señala Elizalde (op. Cit.) “estas mujeres pueden revertir la carga ideológica de las imágenes femeninas fuertemente estigmatizadas. Esto no

revierte las relaciones de poder que son la base del sistema androcéntrico de exclusión, pero al menos permite construir ciertas prácticas y discursos alternativos”. Este tipo de discursos son los que le permitían responder, a partir del ejercicio de cierta capacidad de agencia (Giddens, 2007), a formas represivas de control social que permanentemente se ejercía sobre ellas.

Las opiniones que se vertían sobre Romina condensaban la puesta en práctica de otro aspecto central del sistema patriarcal: la división que se establecía entre las mujeres *respetables* y las *desviadas*, a partir de sus actividades sexuales (Lerner, 1990; Pateman, 1995; Justo Von Lurzer, 2006). Y a partir de lo cual el sujeto que encarna los discursos patriarcales muestra su capacidad de *nombrar* al otro y de diferenciarse de él, estableciéndose como referencia de lo que se debe y no se debe hacer. Nacho, cuando argumentaba su rechazo hacia la elección de Romina de elegir libremente cómo vivir su vida amorosa y sexual, basaba su cuestionamiento en que ésta era mujer, sin siquiera reconocer que una crítica semejante nunca era realizada hacia las conductas de los varones, quienes tenían la posibilidad de criticar a “las pibas que estaban en la esquina todo el tiempo”, mientras reconocían sus prerrogativas de poder “andar con una y con otra” tan sólo por ser varones. Esta supuesta contradicción, se basaba en la oposición entre las figuras de la “puta” y el “ganador”, mostrando una jerarquía muy marcada entre lo que se permite, a nivel de los comportamientos sexuales, para varones y mujeres. “La “puta” marca el horizonte de lo que la mujer nunca debería ser” (Jones, op.cit.: 113), y representa una figura a través de la cual se sanciona y se pretende controlar los comportamientos sexuales de las mujeres, al tiempo que en los varones se celebra una cantidad abultada de conquistas sexuales, por ser éstas expresión de su virilidad. Esto se relaciona, a su vez, con que la sexualidad masculina se piensa como incontrolable y desenfrenada, mientras que la de la mujer siempre debe estar relacionada a algún vínculo de tipo amoroso (Ibídem). Y es justamente el amor –y no el deseo– el que justificaría la actividad sexual femenina. En este punto puede volver a señalarse continuidad, aunque también rupturas, entre la historia de Romina y la de Blanca: ambas recibían una fuerte condena moral por animarse a desafiar ciertos patrones normativos establecidos: Blanca, por haber tenido hijos con múltiples parejas y pasar mucho tiempo hasta lograr formar una familia, dándole, por fin, “un padre a sus hijos”, como si su personalidad avasallante y su valentía cotidiana no hubieran sido suficiente muestra de que no precisaba un varón que la defiende ni la proteja. Romina, por su parte, era criticada por tener relaciones afectivas y/o sexuales con varios jóvenes a la vez, sin importarle las opiniones que de ella se generaran entre su propio grupo de amigos. Ambas, por atreverse a resignificar el espacio público realizando allí prácticas supuestamente destinadas a los integrantes masculinos de su entorno socio-barrial: pelearse, insultarse, tomar alcohol, fumar, “parar” en la esquina, etc.

Las historias de Romina y Blanca ponen en escena la necesidad de analizar la autonomía sexual femenina desde una perspectiva que valorando los avances en las acciones concretas de estas mujeres, permita señalar el largo camino que aún resta recorrer para lograr revertir la producción de desigualdades asociadas a las diferencias de género (Pateman, op. cit; Lamas, 2000). Que una mujer como Blanca y una joven como Romina, aun con las diferencias generacionales que las distinguían, estén habilitadas a ocupar el espacio público y privado en función de su deseo, combinando allí su particular historia personal y familiar, y que no sean juzgadas en términos morales por hacerlo de un modo distinto al esperado por los miembros de su comunidad barrial, sería un primer paso para posibilitar que este tipo de acciones dejen de ser una excepción dentro de su contexto social, y pasen a ser un camino deseable o esperable dentro del universo de los posibles.

Conclusiones

Como cierre del artículo, sintetizaré los principales temas abordados a lo largo del mismo, y abriré una serie de interrogantes para futuras indagaciones. En estas páginas, fueron narradas centralmente las historias de un grupo de mujeres jóvenes cuyas vidas cotidianas se encontraban fuertemente condicionadas por desiguales distribuciones de bienes materiales y simbólicos, lo que las colocaba en posiciones desventajosas frente a sus pares varones así como –en ocasiones– frente a los miembros adultos de su entorno barrial y familiar. Respecto de las dinámicas domésticas, las mismas eran un claro ejemplo de cómo se organizaban las obligaciones en función de jerarquías etarias y genéricas, lo cual se combinaba con un alto grado de naturalización por parte de éstas, que aceptaban realizar dichas tareas con la misma resignación con la que veían a sus hermanos varones salir de sus casas sin explicar adonde iban, a qué hora volvían o si habían cumplido antes con determinados deberes hogareños. En cuanto a las peleas entre miembros de diferentes grupos familiares, era claro que las mismas representaban un patrón vincular en el seno de esta comunidad barrial a la hora de interactuar con las y los otros y que las mismas no pueden ser sólo interpretadas en función de prácticas “violentas” o “irracionales”, sino que deben ser analizadas y entendidas en cada contexto específico. También deben ser desligadas de los análisis que describen la vida cotidiana de los miembros de las clases populares urbanas dándole un protagonismo, a mi entender excesivo, a determinadas prácticas “violentas” (Auyero y Berti, 2013; Álvarez y Auyero, 2014) ya que siguiendo a Block (2000), “la violencia es un idioma que nos habla [también] de honor, reputación, estatus, identidad y solidaridad grupal” (citado en Garriga, 2007: 26) tal como quedó demostrado en el enfrentamiento protagonizado por la familia de Blanca y su vecina. En relación a la participación de estas mujeres, la misma marcaba no solo su presencia en el espacio público, sino que lo hacía con prácticas consideradas no habituales en ellas, como

son las diferentes expresiones de violencia verbal y/o física, entendidas estas como ese “idioma” que habilita una forma de *comunicación otra*. Dichas manifestaciones eran consideradas anti-naturales para una mujer, en la medida que la agresividad se piensa exclusivamente como un atributo masculino desde una concepción tradicional de los roles de género (Lerner, 1990; Fernández, 2006). Este tipo de peleas, entonces, ponen en jaque dichos estereotipos, mostrando a estas mujeres como desafiantes y dispuestas a transgredir los horizontes de lo permitido y lo prohibido para cada una de ellas, puertas afuera de su hogar.

Resumiendo, si “lo doméstico” era, en cierta forma, el lugar de la reproducción de “un régimen social de género y de generación” (Mumby, 1993), ya que allí las que obedecían eran las mujeres jóvenes, obligadas por Blanca, la madre adulta; “el uso del espacio público” para diversos enfrentamientos parecía ser el lugar elegido por esas mismas mujeres para transgredir el patrón de género, a la vez que colocaba a Karina, Romina y la propia Blanca en condiciones más igualitarias, en la medida en que en este contexto parecían borrarse las jerarquías etarias, mientras se reforzaba la transgresión de estas mujeres en tanto tales.

En cuanto a las trayectorias de las mujeres jóvenes, la historia de Romina permitió, por un lado, ver aspectos de continuidad con las historias de muchas/os otras/os jóvenes, en la medida que se reproducen similares características respecto del abandono escolar temprano y la inserción laboral en condiciones de precariedad e inestabilidad⁴⁴, aunque con ciertas prerrogativas por contar con apoyo emocional y económico por parte de sus padres, que la mayoría de las y los jóvenes del barrio no poseía. Por otro lado, permitió analizar una compleja combinación respecto de tradicionales formas de ser mujer con modos más transgresores o alternativos de femineidad. Esos costados más transgresores de sus prácticas cotidianas, que se ubican en continuidad con las peleas protagonizadas por mujeres ya descritas, son los que le permitían, entre otras cosas, compartir su tiempo en una esquina con un grupo de varones sin demostrar miedo al “qué dirán”, y por los cuales Romina era destinataria de una fuerte condena moral, sobre todo por los miembros jóvenes de su comunidad barrial. También se señaló la continuidad con la historia de Blanca, con quien Romina compartía una forma de encarar un modelo de mujer disruptiva respecto de lo esperable o socialmente aceptable, más allá de la posición identitaria (Vila, 2000) que cada una quisiera o pudiera adoptar, combinando estratégicamente, como se dijo en el párrafo anterior, su posición etaria y generacional con su posición de género. Los chismes sobre la vida sexual de ambas, aunque producidos en diferentes contextos socio-históricos, funcionaban, tal como señala Jones (op. Cit.), como un dispositivo de control sobre la

⁴⁴Dichas condiciones de ingreso al mercado laboral se repiten también entre los varones jóvenes. Un análisis pormenorizado de estas cuestiones puede encontrarse en Silba (2012).

sexualidad de estas mujeres, en la medida que se intentaba con ellos herir su imagen pública a través de la diseminación recurrente de los mismos y, consecuentemente, desalentar este tipo de comportamientos, tanto en ellas como entre las otras jóvenes/mujeres del barrio. Por otro lado, el hecho de que Blanca saliera a defender a sus hijos recurriendo a la violencia verbal o física, o que Romina criticara abiertamente el supuesto destino inexorable de las mujeres en relación al cuidado de los hijos, si bien no revertía “las relaciones de poder que son la base del sistema androcéntrico de exclusión...al menos permite construir ciertas prácticas y discursos alternativos” (Elizalde, op. Cit.). Este tipo de acciones son las que permitían responder, a partir del ejercicio de cierta capacidad de agencia, a formas represivas de control social que se ejercía sobre ellas, fundamentalmente por ser, en el caso de Romina, una mujer joven, características éstas que las colocaba en situaciones de mayor vulnerabilidad social en diversas situaciones de su vida cotidiana.

Para finalizar, entiendo que las de estas jóvenes constituyen formas particulares de *otredades* que se resisten a ser contenidas, explicadas o definidas por determinados patrones normativos, incluso por nuestros propios –y limitados– recursos interpretativos. Sus voces, sus cuerpos y sus prácticas se escabullen y aparecen por diversos lugares, apropiándose de diferentes recursos y haciendo con éstos algunas veces lo esperable y otros, definitivamente no. Es por eso que conocer y comprender sus experiencias de vida y sus particulares formas de comprender las desigualdades sociales y culturales en las que están insertas, permite entender de qué hablamos cuando hablamos de diferencias etarias, de clase y de género, y cuál es el valor que las reflexiones en torno a estas cuestiones tiene para nosotras/os.

Bibliografía

- Adaszko, Ariel. 2005. *Perspectivas socio-antropológicas sobre la adolescencia, la juventud y el embarazo*, en Gogna, Mónica (Comp.). Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas. Buenos Aires. CEDES-Unicef.
- Alabarces, Pablo et al. 2008. “Música popular y resistencia: los significados del rock y la cumbia”, en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (Comp). Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular. Buenos Aires. Paidós.
- Alabarces, Pablo; Garriga Zucal, José. 2007. *Identidades Corporais: entre o relato e o aguante. Campos. Revista de Antropología Social* 8, nro 1. Paraná. UFP.
- Álvarez, Lucía y Auyero, Javier. 2014. ‘La ropa en el balde’ Rutinas y ética popular frente a la violencia en los márgenes urbanos, en Revista Nueva Sociedad N°251, mayo-junio de 2014, ISSN: 0251-3552. Pp. 17-30.

- Amorós, Celia. 1994. *Prólogo*, en Molina Petit, Cristina: *Dialéctica feminista de la Ilustración*. Madrid. Anthropos.
- Auyero, Javier y Berti, María Fernanda. 2013. *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires. Katz Editores.
- Barbieri, Mirta. 2008. *Representaciones de lo femenino en los 90. De madres e hijas, abuelas, tías y hermanas*. Buenos Aires. Editorial Antropofagia.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *La dominación masculina*. Barcelona. Anagrama.
- Cepeda, Agustina; Rustoyburu, Cecilia. 2006. *¿Qué hacer con los quehaceres? Las razones domésticas del cambio familiar*, en Míguez, Daniel; Semán, Pablo (Eds.). *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires. Biblos.
- Connel, Robertt. 1997. *La organización social de la masculinidad*, en Valdés, Teresa y Olavarría, José (Eds.). *Masculinidades: poder y crisis*. Flacso. Ediciones de las mujeres nro. 24.
- Duby, Georges y Perrot, Michelle. 2000: *Presentación* en Duby y Perrot (Dir.): *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo 4. El siglo XIX. Buenos Aires. Taurus
- Elias, Norbert; John Scotson. 2000. *Os Estabelecidos e os Outsiders. Sociología das Relacoes de Poder a partir de una Pequena Comunidad*. Río de Janeiro. Jorge Zahar Editor.
- Elizalde, Silvia. 2003. *Diferencias culturales y retóricas de (in)visibilidad. Respuestas de mujeres jóvenes a los discursos normativos sobre el género y edad*, en *Anclajes 7*, nro 7. Instituto de Investigaciones Literarias y Discursivas de la Universidad Nacional de La Pampa. En línea disponible en: <http://www.biblioteca.unlpam.edu.ar/pubpdf/anclajes/n07a06elizalde.pdf>.
- Fainsod, Paula. 2011. *Las tramas institucionales y sociales en las experiencias maternas. Reflexiones sobre maternidades adolescentes en contextos de marginalización urbana*, en Felitti, Karina (Coord.). *Madre no hay una sola*. Buenos Aires. CICCUS.
- Felitti, Karina (Coord.). *Madre no hay una sola*. Buenos Aires. CICCUS.
- Fernández, Ana María. 2006. *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Garriga Zucal, José (2007): *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires. Prometeo.
- Giddens, Anthony. 2007. *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Gogna, Mónica. (comp.). 2005. *Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas*. Buenos Aires. CEDES-Unicef.
- Isla, Alejandro. 2006. "Violencias públicas y privadas en la producción de familia y género", en Semán, Pablo; Míguez, Daniel (Eds.). *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.

- Jelin, Elizabeth. 2006. *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.
- Jones, Daniel. 2010. *Sexualidades adolescentes. Amor, placer y control en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires. CLACSO, Ediciones Ciccus.
- Justo von Lurzer, Carolina. 2006. *Putas: el estigma. Construcción social de lo (in)deseable*. IV Jornadas de Investigación en Antropología Social. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras (UBA), SEANSO.
- Lamas, Marta. 2000. *Introducción, La antropología feminista y la categoría 'género' y Usos, dificultades y posibilidades de la categoría 'género'*, en Lamas, Marta (Comp.). El género. La construcción cultural de la diferencia sexual. México. Universidad Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG).
- Lerner, Gerda. 1990. *La creación del patriarcado*. Barcelona. Crítica.
- Mansione, Isabel; Pallam, Sara; Steiman, Ana (Org.). 2012. *Embarazo, maternidad y paternidad adolescentes*. Buenos Aires. Ediciones Ciccus.
- Mumby, Dennis. 1993. *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Murillo, Soledad. 1996. *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Siglo XXI. Madrid.
- Ortner, Sherry. 1974. *Is female to male as nature is to culture?*. en Rosaldo, Michelle; Lamphere, Louise (Eds.). *Woman, Culture and Society*. Stanford. Stanford University Press.
- Pateman, Carole. 1995. *El contrato sexual*. Barcelona. Anthropos. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Rich, Adrienne. 1986. *Nacemos de Mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Valencia. Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, Instituto de la mujer.
- Silba, Malvina. 2011. *Vidas Plebeyas: cumbia, baile y aguante en jóvenes del Conurbano Bonaerense*. Tesis Doctoral, Inédita. Doctorado en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Silba, Malvina. 2012. *Vidas Plebeyas: masculinidades, resistencias y aguante entre varones jóvenes pobres del Conurbano*, en Papeles de Trabajo, Revista electrónica del IDAES (Instituto de Altos Estudios Sociales), Universidad Nacional de San Martín, Año 6, Número 10, Noviembre de 2012, Pp. 160-176. ISSN 1851-2577. Con Referato. http://www.idaes.edu.ar/papelesdetrabajo/paginas/Documentos/n10/09_ART_Silba.pdf.
- Tilly, Charles. 2000. *La desigualdad persistente*. Buenos Aires. Manantial.
- Vila, Pablo (2000): *Música e identidad. La capacidad interpeladora y narrativa de los sonidos, las letras y las actuaciones musicales*, en Mabel Piccini, Ana Rosas Mantecón and

Graciela Schmilchuk. *Recepción Artística y Consumo Cultural*. Mexico. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Instituto Nacional de Bellas Artes. Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de Artes Plásticas. Ediciones Casa Juan Pablos. Pp. 331-369.

Wainerman, Catalina. 2003. *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.